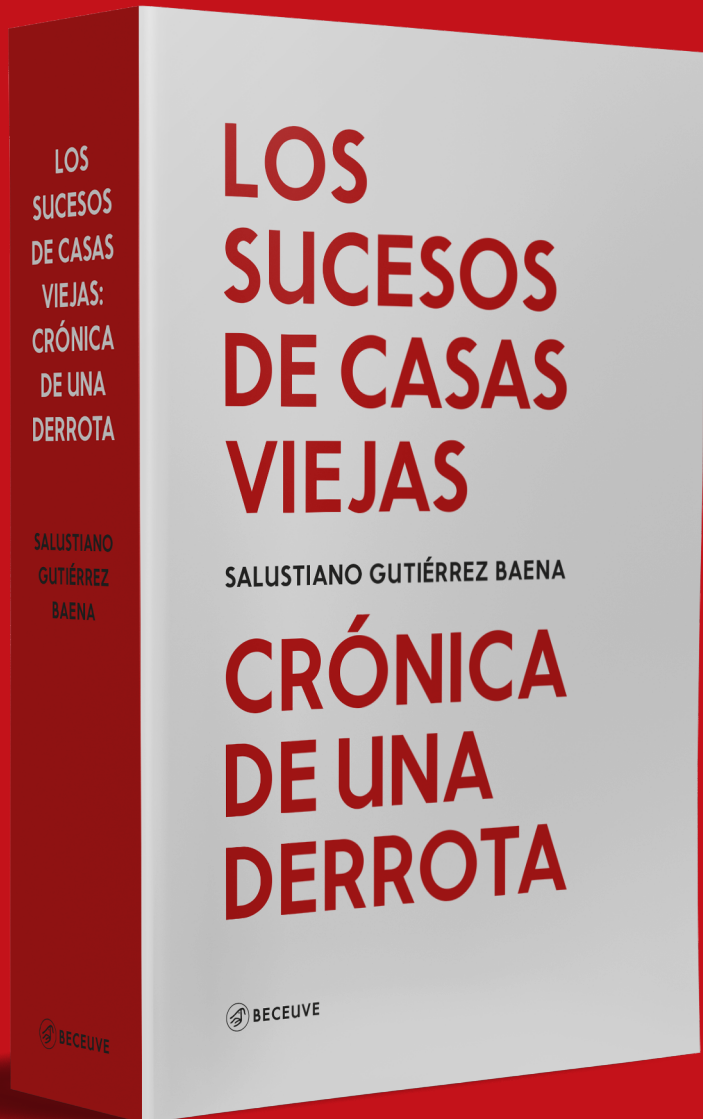


EPÍLOGO



Título:

Los sucesos de Casas Viejas: crónica de una derrota

© Salustiano Gutiérrez Baena, 2017

De esta edición:

© EDITORIAL BECEUVE

www.beceuve.com

Del prólogo y el epílogo:

© sus autores

Reservados todos los derechos en español. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

info@beceuve.com

EPÍLOGO

Un casaviejeño de Granada

«No escribas, no imprimas, no hables, no bullas, no pienses, no te muevas y aun quiera Dios que con todo y con eso te dejen en paz». Afortunadamente nuestro autor, Salustiano Gutiérrez, no ha hecho caso a las palabras de Moratín. Gracias a ello podemos disponer ahora de este libro que recoge sus amplios y profundos conocimientos sobre la historia cercana, sobre Casas Viejas y los sucesos.

Muchas veces hemos oído y leído que sobre los sucesos estaba todo dicho; pero no, estas páginas han venido a demostrar que no. Efectivamente, se han dicho muchas cosas, pero no siempre con la suficiente claridad y veracidad, con la suficiente limpieza de miras. El tema sigue dando de sí, aparecen nuevas informaciones, nuevas interpretaciones, en cuanto se cambia el enfoque y se tienen en cuenta puntos de vista diferentes, en cuanto hay una dedicación intensa y afectiva por parte del autor.

En este caso, la riqueza y diversidad de fuentes es máxima. Destacan la aportación de las fuentes orales a través de muchísimos testimonios de gran valor documental. La fotografía como documento histórico desempeña también un papel importante, ya que nos presenta a los personajes: las caras, las vestimentas... dicen mucho sobre ellos y vienen a sumar una información relevante. Se dice que la cara es el espejo del alma; lo que está claro es que la imagen es fiel reflejo de la posición social, de la situación económica y de la vida que disfruta o sufre cada cual. La imagen del jornalero siempre estuvo marcada por los surcos en la cara y los callos en las manos.

Este libro supone un paso adelante, un avance importante en el estado de la cuestión. Con sus aportaciones, hoy sabemos más no solo de los sucesos de Casas Viejas, sino del propio Casas Viejas.

Uno de los grandes aciertos es el planteamiento de antecedentes y consecuentes, que permiten un punto de vista más amplio en el espacio y en el tiempo: van más allá de las causas y consecuencias inmediatas, y ayudan a entender más a fondo los hechos propiamente dichos y la evolución de la historia local.

Otro gran acierto son las semblanzas de los personajes; por la misma razón, ayudan a entender lo ocurrido y acercan al lector al presente a través de la trayectoria vital de los protagonistas.

Se da protagonismo a las víctimas, que casi siempre fueron consideradas los culpables o estuvieron en la zona oscura de la historia. Es la versión de los derrotados, muchas veces a través de sus descendientes, a los que el autor les ha dado la palabra. El trabajo de campo más importante ha sido el contacto con familiares de los participantes en los sucesos de enero de 1933 y sus aportaciones han ayudado mucho a la elaboración de las semblanzas.

El apartado de los antecedentes es un amplio recorrido por la historia local en un intento de explicar los hechos posteriores; es decir, las causas profundas y estructurales, y no solo las inmediatas. La propiedad de la tierra, su injusta distribución, y los malos usos de ella son un factor de considerable importancia. La propia creación del pueblo está directamente relacionada con lo anterior.

Tampoco hay que olvidar el aislamiento físico e institucional de estas tierras y sus pobladores, en especial los jornaleros. Las diversas rivalidades no es una cuestión menor, máxime en su versión local: rivalidad entre jornaleros y señoritos, rivalidad entre la CNT y la UGT, o dentro del propio anarquismo entre la CNT y la FAI, además de la que existía entre los personajes de fuerte carácter de cada uno de los bandos en conflicto. Muchas razones se tienen que ir sumando a lo largo del devenir histórico para que se expliquen los acontecimientos; en la historia casi nada es fruto de la casualidad.

El libro no se queda en los antecedentes y en la narración de los hechos. Va más allá, hacia el tiempo posterior, negros tiempos para todos. En especial para los protagonistas de esta historia y para Casas Viejas como pueblo, al que tratan de borrar de la memoria y hasta del mapa. El final de este capítulo de la lucha por la tierra se repite: el terrateniente con más tierra, más rico y con más poder; y el jornalero, tan pobre como siempre pero más oprimido. A lo largo de la historia, el pueblo hace la revolución para terminar perdiéndola.

Aquí también pasó; los jornaleros perdieron: andando el tiempo y con la evolución del campo se perdieron como grupo social, al menos en su sentido clásico.

Es conmovedor el silencio de los vencidos a lo largo de tantos años, el silencio como parte del castigo, el silencio por supervivencia. ¡Conocí a tantos...! Muchos de mis vecinos fueron anarquistas, habían participado en los sucesos o los habían padecidos: Pepe Pareja y Antonia Márquez, Pepe Pilar, Pinganillo, Sardiguera, Mercedes y Prieto... Yo me enteré por Mintz; ellos no hablaban del asunto. Toda una vida ocultando los pensamientos y los sentimientos, camuflándolos, duro castigo que venía precedido del hambre, la explotación, la cárcel, la muerte. Ojalá en el futuro uno de los valores de este libro sea su contribución a derribar el muro de silencio y la barrera del miedo que durante tanto tiempo han marcado a este pueblo y a la relación con su historia.

Desde estas páginas se proponen respuestas a una de las grandes preguntas sobre los sucesos: por qué tanto eco mediático e historiográfico. Tal vez a causa de la instrumentalización política por parte de todos los frentes o que ocurrieran bajo un Gobierno progresista cuando menos cabía esperar, el caso es que los sucesos pasaron por ser la gran decepción de la Segunda República. Al final, Casas Viejas no fue posible; tampoco la República.

Además de la buena aportación historiográfica, también lo es la pedagógica, la didáctica. El profesor que hay detrás se deja ver en el reconocimiento a los trabajos de los alumnos realizados a lo largo de estos años, relacionados con la actividad académica y extraescolar, potenciados a su vez por el propio profesor. También se aprecia esa intención pedagógica cuando el autor afirma que se dirige a las clases populares más que a las académicas.

Este y trabajos anteriores de Salus (libros, blog, exposiciones...) han contribuido de manera importante a rescatar la memoria local, a romper el mito y hacer más historia. Hemos pasado de la leyenda de Seisdedos y la Libertaria a la democratización de esta historia con la puesta en escena de todos los actores.

El conocimiento actual de los sucesos nada tiene que ver con lo que se puede leer en la mayoría de los periódicos de la época, muchas veces con mentiras interesadas que ya empezara a desmontar Miguel Pérez Cordón. Hemos pasado de la expresión «la mierda cuanto más se menea más apesta»,

demasiado oída allá por 1983 cuando se conmemoró el cincuenta aniversario por parte de los anarquistas, a la situación actual en la que ya podemos hablar de cierta integración de los sucesos en nuestro acervo histórico y cultural; o, cuando menos, de una aceptación mucho mayor.

Se insiste en la idea de Casas Viejas desde Casas Viejas, se da valor a la versión local sin olvidar el entorno, la visión y la trascendencia externa. Se resalta la importancia de partir o tener en cuenta la historia cercana, la nuestra, incluso como principio pedagógico para enseñar y aprender historia.

Los sucesos de Casas Viejas son la crónica de una derrota extendida en el tiempo, la del mundo jornalero, una derrota con una sombra tan alargada que llega hasta la actualidad.

Percibo un sentido reconocimiento y homenaje a todas las víctimas, a los verdaderos protagonistas; no es que estuvieran olvidados, estaban maliciosamente silenciados, y apartados, vigilados y perseguidos por las autoridades y los propietarios.

Como la historia total es una utopía y la objetividad completa también, siempre quedan puertas abiertas. Por tanto, este libro será un éxito si abre nuevas vías que permitan ampliar el conocimiento histórico en el futuro, si motiva a nuevas generaciones a profundizar en aspectos que aún hayan podido quedar en el aire. Eso vendría a subrayar la aportación educativa de esta obra.

Al autor, le rendimos nuestro reconocimiento y gratitud por su ocupación y preocupación por Casas Viejas, el del pasado y el de ahora. A buen seguro, en más de una ocasión se ha sentido como Ramón J. Sender y Eduardo de Guzmán en la pensión San Rafael.

José GONZÁLEZ BENÍTEZ
Casas Viejas, abril de 2017

